

ciudad de David no había ya piedra sobre piedra, cuando nació el cisma de Corinto, según sostienen notables escritores, ved ya también envuelta en la incertidumbre esa gloriosa fecha de los fastos de la I. P. de España.

Dejando á un lado la fecha en que sucediera, y narrando exclusivamente los hechos averiguados, puede decirse que un Papa, ya Clemente, ya Fabiano, ordenó Obispo á San Eugenio y le mandó á Toledo, capital de la Carpetania; salió de Roma con San Dionisio de París, no abandonando su preciosa compañía hasta la ciudad de Arlés; punto en que se abrazaron tiernamente en señal de eterna despedida, partiendo desde allí, á París-San Dionisio, y á Toledo su discípulo Eugenio. Y vedle que, semejante á una de esas misteriosas apariciones del Señor en el Antiguo Testamento, va desde Roma á Arlés, de Arlés á Toledo, sin que se sepa el camino que ha seguido, sin comprender el fin que tiene para venir aquí y no á cualquiera otra ciudad de las de España, sin conocer los discípulos que, según costumbre de aquellos tiempos, le acompañarían en su viaje.

Está ya como los celestiales mensajeros que Dios envió á Loth, en medio de la idolatría, sustituyendo una religión llena de terrenales encantos, que permitía la crápula y embriaguez, divinizándolas en Ceres y Baco, por una religión austera que recomienda el ayuno como martillo de los vicios y raíz de preciosas virtudes. Una religión que aprobaba la lujuria con su impúdica Diosa Venus, por otra que asegura «que quien se casa obra bien, pero el que permanece virgen obra mejor.» Una religión que erige en Dioses á sus reyes; por otra que desde la cuna hasta el sepulcro no cesa de repetirles «polvo eres y en polvo te convertirás.» Una religión autorizada é impuesta, por una religión prohibida. Un culto que habían predicado los sabios, por otro que esparcieron infelices y rudos pecadores.

Una religión que no exigía á sus sectarios más que el sacrificio de algún inocente animal, ó quemar algunos granos de aromático incienso en sus preciosos thuríbulos, por otra que después de obligar á sacrificar en sus aras las más halagüeñas pasiones, después de exigir que se quemase en sus incensarios el grato aroma de los deleites mundanos, exige á sus admiradores tan humilde confesión como esta del Apóstol de las gentes: «de nada me arguye la conciencia; mas no por eso estoy justificado.»

Esta es la misión que el Supremo Pastor le ha confiado, y que aun cuando imposible en apariencia, y dificultísima en realidad, con una humildad y constancia nunca bastante encarecidas llevó á glorioso término en esta ciudad y sus alrededores.

Doma las pasiones, destierra los vicios, arroja los ídolos del precioso metal y coloca en su lugar la desnuda imagen del que se dejó crucificar en el Calvario para reconciliarnos con el verdadero y único Dios. Un solo altar de todos los que aquí tenía la corrompida falange de Olímpicas divinidades no fué destruido, el que se había levantado á aquel Dios desconocido, á quien habían admi-

tido á librar la celestial ambrosía en el perpetuo banquete que los dioses celebraban, sin saber que esa deidad intrusa había de herirles de muerte despojándoles de su falsa divinidad.

Puesto que era un Dios desconocido, un Dios sin nombre, bien podía ser el verdadero, bien podía aplicársele un nombre, llamarse Dios de Abraham y de Jacob.

¡Qué breve es la vida del hombre sobre la tierra! «cuasi flos egreditur et conteritur» «nace y muere como una flor» si se ha de creer al triste profeta de los sepulcros.

Constituida en tan feliz estado, abandona la silla Toledana su primer pastor para ir á reunirse en París con aquel querido hermano de quien se había separado en Arlés, pero ¡oh! no sabía que al irse temporalmente según creía de Toledo, herían por última vez sus oídos el ruido de las rizadas ondas del caudaloso Tajo, y el dulce balido de los tiernos corderillos del Señor.

Poco le faltaba ya para llegar al término de su viaje, tres leguas debía aún caminar para estrechar en sus amorosos brazos á San Dionisio, cuando una turba de Paganos, según refiere una secuencia que para el día de su fiesta contiene el breviario antiguo de los monjes de París, saliéndole al encuentro impidió que llegara á la ciudad de su amigo. En Deuil, pueblo en que le salieron al encuentro las turbas, fué examinado sobre la religión que profesaba por el prefecto Sísimo, animado Eugenio por sus arraigadas creencias y por la noticia que allí le dieron del glorioso martirio de San Dionisio, contestó al tirano con la audacia de todos los mártires, y sobre todo de los españoles: que era ferviente adorador de Cristo, «sedulus Christi cultor» como se lee en la secuencia citada. ¡Confesión gloriosa! ¡Confesión digna del Obispo fundador de la Iglesia Toledana! Aquella venerable cabeza, que se irguió para confesar á Jesucristo, rodaba pocos momentos después por el suelo separada del tronco por el agudo filo del hacha del verdugo.

¿Que año regó San Eugenio con su sangre (digna de ser derramada en España) el territorio francés? En la hipótesis ya citada de que naciese en el segundo siglo, no hay duda entre sus apologistas, debió ser en los tres años del 249 á 51, que duró el imperio del horrible y más cruel de los emperadores Romanos, Decio. No están tan acordes en fijar la fecha de su martirio los que ponen la de su nacimiento en el siglo primero, hasta el año 112, creen algunos escritores que rigió la Iglesia de Toledo, y el ya citado catálogo de Obispos de esta Primada, creo fija su muerte el 103; la opinión más seguida, sin embargo, es la que sostiene que el último año de Domiciano, 96, voló al cielo el alma del Progenitor de la fe Toledana. ¿Qué día? ¿Qué Emperador habrá dado cuenta en el recto tribunal del Dios Justiciero de la sangre que Eugenio derramó? Estos, como la mayor parte de los acontecimientos de tan interesante vida, continúan siendo eslabones de esa cadena misteriosa, que arrancando de su cuna va envuelta entre tinieblas á concluir en el es-

plendente tronó que en la gloria ocupa San Eugenio. Dice el Padre Croiset que fué martirizado en el imperio de aquel sospechoso hijo de los Dioses llamado Domiciano, «el día 18 de Noviembre del 96.» Podrían admitirse los tres puntos que las palabras de Croiset abrazan, el año, día y Emperador, si no estuviesen en abierta lucha con la historia, si el día que cita tan ilustrado Padre no excluyese al año y al Emperador. ¿Cómo pudo morir el 18 de Noviembre del año 96, y morir en tiempo de aquel tirano que perseguía, disparándoles dardos, las moscas de su habitación (y que dicho sea de paso, aunque impropio de esta historia, para la sección de *Rebuscos*, de entonces quizás procederá el decir no se «oye una mosca» para encarecer el silencio que reina en algún lugar, pues cuenta César Cantú, que ese Emperador mataba las moscas de su cuarto con dardos, y era tal su habilidad en el disparo, que casi nunca había moscas en su cuarto, hasta el punto de que preguntado una vez un esclavo suyo llamado Vibio Crispo si había alguien con el Emperador, contestó «ni una mosca».) habiendo muerto Domiciano en Setiembre de ese año? Ni aun cabe decir que ardían todavía las hogueras encendidas por él, aun cuando ya hubiese muerto; pues que habiendo tantas comunicaciones entre las Galias y Roma, no es creíble que en dos meses de imperio que llevaba ya en esa fecha el bondadoso Nerva, no las hubiese apagado con su excesiva benignidad; un emperador que por no conceder permiso para acusar á los espías de Domiciano, presenta su desnudo pecho á los que se le pedían puñal en mano.

Si murió, según el citado catálogo, el año 103 ó 108, nada se puede decir del día, pero hay que cambiar el nombre del Emperador, pues que en esos años regía ya la soberbia Roma el gran Emperador español Trajano. Y si murió en el tercer siglo, todos admiten que Decio es el responsable de su muerte.

Separada ya la venerable cabeza de Eugenio del cuello que tan dignamente la había sostenido, fueron ambos arrojados á un lago por mandado del prefecto, y no atreviéndose los cristianos á extraer tan precioso cuerpo, le sirvieron de honroso sepulcro las cenagosas aguas de aquel lago, llamado Marcasio, por espacio de algunos siglos, hasta que plugo á la Divina Providencia que fuesen honrados cual merecían en la tierra los despojos mortales del valeroso mártir que tantos años hacía disfrutaba de no escasa gloria en el cielo. Enfermó de tanta gravedad un devoto caballero francés llamado *Hercoldo*, que próximo ya al sepulcro desahuciado por la ciencia humana, creyó recurrir al médico celestial que había dicho á los hebreos: «percutiam et ego sanabo» «yo os heriré y curaré» y no fué en verdad inútil su confianza. Puso por intercesor á San Dionisio, y recobró milagrosamente la salud á condición de extraer del lago las venerables reliquias de San Eugenio y colocarlas en más honroso sepulcro del que hasta entonces habían tenido. Las encontró efectivamente y cargadas en un carro tirado por bueyes, al llegar á Deuil se detuvieron y con tal insistencia, que á pesar de cuantos es-